



Mundialmente conocido como autor del edificio de la Ópera de Sydney, el arquitecto danés Jørn Utzon es una de las figuras que mejor expresan las contradicciones asumidas por la arquitectura moderna en los años 50 y 60. Nacido en Copenhague en 1918 y titulado en 1942, es un contemporáneo estricto de la generación española de Fisac, Cabrero y Sáenz de Oíza.

Tanto por su edad como por su condición de danés, Utzon se insertó de lleno desde un principio en una línea de la arquitectura moderna que, protagonizada en buena medida por los grandes arquitectos de los países nórdicos de los que Aalto era el paradigma, se opuso a que la modernidad pudiera ser entendida como un simple desarrollo del funcionalismo, del llamado “Estilo Internacional”.

Así, en su primera época practicó una versión tradicionalista del *organicismo*, aquella que podemos relacionar directamente con obras tan conocidas como el Ayuntamiento de Säynatsälo, de Alvar Aalto, la interpretación moderna de un esquema clásico. A partir de un concurso, realizó varios conjuntos de casas patio, esto es, de una versión moderna de la casa tradicional mediterránea en torno a un patio.

Pero sus ambiciones arquitectónicas no quedaban satisfechas por la línea que significaban estas experiencias, y un viaje a Estados Unidos le puso en contacto con la obra tardía de Frank Lloyd Wright, o con la de Eero Saarinen, un finlandés emigrado de niño con su familia. Pero estas buscadas influencias le enviarían conscientemente a muy otra

posición, a un frente contrario al que hasta entonces había cultivado.

Pues el *organicismo* no era coherente, sino muy diverso. Sus versiones tradicionalistas eran en realidad contrapuestas a aquellas otras, escultóricas, plasticistas y exacerbadas que practicó Wright en el Guggenheim de Nueva York o Saarinen en la Terminal de la TWA en el aeropuerto Kennedy, y que, por su espectacularidad, se imponían como una contestación al Estilo Internacional, única cuestión que, por otro lado, unía en realidad a las tan distintas versiones orgánicas.

Lo cierto es que Utzon decidió caminar por la senda de la exacerbación orgánica, y tan intensamente que en 1956



ganó el concurso para el Palacio de la Ópera de Sydney con una propuesta que se convertirá precisamente en el emblema de una tal tendencia.

Eero Saarinen no fue ajeno a ello: estaba en el jurado.

La brillantez del proyecto conquistó a una muy buena parte del público profesional de forma inmediata. Aquella arquitectura era, sin duda, moderna, y significaba además un verdadero avance frente a las limitaciones del Estilo Internacional. El futuro parecía anunciado.

Pero la realización de la obra planteó tremendos problemas. La forma utzoniana de Sydney nada tenía que ver con la construcción, a pesar de la evocación figurativa gótica. En la obra de Wright, forma y construcción aspiraban a la identidad, y en una tal condición naturalista se sustentaban en buena medida los valores del *organicismo* exacerbado. Pero en la de Utzon ambos extremos se manifestaban demasiado distantes. El equipo de ingeniería inglés de Ove Arup tuvo que aparecer para convertir en construcción real las fantasiosas formas utzonianas, y aunque su imagen externa se salvó y su espectacularidad aumentó su fama internacional, el ideal orgánico se había roto.

Utzon continuó practicando ambas versiones del *organicismo*, pero es preciso reconocer que fue en el moderado o tradicionalista donde alcanzó mayor calidad. En el exacerbado sus oportunidades fueron más escasas, pues no construyó el ambicioso —y dudoso— Museo de Silkeborg, ni algunos otros intentos. Algunos de los realizados, como la asamblea Nacional de Kuwait, no van a pasar a un punto demasiado brillante de la historia.

La figura de Utzon quedó así marcada por esta ambigüedad: ser capaz de construir el más espectacular de los ejercicios del *organicismo* exacerbado, pero hacerlo al precio de destruir buena parte de los ideales en que éste se sustentaba para devenir, casi, pura forma, escultura espacial a gran escala.

Antón Capitel

